

Ante el enfermo: salud y vocación

Permítanme compartir alguna historia:

Don Lucio tiene un serio problema en la vesícula que, aunque fácilmente curable, precisa, sí o sí, una operación. Nos encontramos ante el mismo problema de siempre: la platita. Pruebas, medicamentos y la cirugía que, juntando todo, llegan a unos costos inalcanzables.

Ponemos en movimiento el mismo proceso de siempre: Don Lucio, esto debe usted hacer. No puedo. Entonces, ¿qué haremos? Pediremos ayuda a la asistente social, rebajaremos los costos médicos hasta lo "mínimo"...

Hoy ha venido su esposa y su hija. Solicitan al certificado de defunción. Esta vez no se pudo...

"Ante la injusticia y pecado en que viven sumidos tantos hombres... creemos".

El valor de la impotencia, de aprender a estar en nuestro sitio, que también es el de la vulnerabilidad. El valor de saber decir "no puedo ni se resolver aquello que demandas, pero acá estoy...".

Tengo muy claro que una de las experiencias que más humanos (más hermanos) nos hace es el de la impotencia compartida. Las mayores experiencias de salvación no son aquellas en las que yo te sano o tú me sanas, sino aquellas en las que juntos compartimos tu o mi enfermedad. En estos tiempos de Pascua vuelvo a intuir que sin cruz no hay, de verdad, resurrección.

En estos tiempos donde todos aplicamos el principio del superhombre, disfrazada en nuestro medio con el paradigma de la omnipotencia de lo científico, la continua experiencia de nuestra impotencia con los enfermos nos pone en nuestro lugar de criaturas limitadas, de hijos, de hermanos.

* * *

Doña Rosa es bien conocida por nosotros. Su esposo es paciente nuestro desde hace tiempo por sufrir tuberculosis y ella es la encargada de recoger los medicamentos necesarios en el centro de salud. De vez en cuando vamos por su casa para ver como está, pero el contacto habitual es con ella, su cuidadora. Cuidadora del esposo, de los cinco hijos, del papá que vive con ellos, de la economía familiar, ya que hay que vender algo en el mercado pues éste es el único sustento de la familia.

La verdad es que no hemos estado muy atentos en sus visitas semanales al Centro, pero hoy hemos preguntado como está... ella. La pregunta se responde con una serie de síntomas y malestares que, tras una rápida exploración, nos lleva a la decisión de hospitalizarla por una fuerte sospecha de cáncer de pulmón.

Unos días después, en la sala del hospital y con el diagnóstico ya confirmado, un día solos y más tranquilos surge la propuesta de orar juntos,



pedir juntos (el medico y la enferma) a Diosito y a la Virgencita. Y cogidos de la mano, los dos juntos, con lágrimas en los ojos, rezamos.

“Creemos que cada día el Padre nos interroga:
el clamor de los pobres es voz de Dios”.

Es verdad eso de que los pobres (en nuestro caso, los enfermos), nos enseñan qué es eso de la fe. Pocas oraciones han sido para mí tan “reales” como aquellas compartidas en el Getsemaní de mis hermanos enfermos. Pocas veces me he experimentado tan hijo como cuando he elevado junto a ellos una oración de entrega, yo por mi incapacidad para superar el sufrimiento del otro, él con la súplica “líbranos del mal”. Pocas veces he intuido con tanta claridad, sin saberlo explicar, esa preferencia de Dios por los pobres y los sencillos. La cruz se hace, efectivamente, medio de salvación y uno contempla anonadado (alucinado, diríamos hoy) como el crucificado se transforma en manos y presencia de Dios.

David, monaguillo de la parroquia, tiene veinte años, y la mala suerte de haberse cogido una tuberculosis muy grave: en el pulmón, ganglios, riñón y cerebro.

Llevamos ya bastantes meses peleando juntos, con nuestros encuentros y desencuentros. Y aconsejado por la literatura científica y mis amigos más sabios que yo, le proponemos una complicada operación del cerebro y del estómago que él, simplemente rechaza: ¡eso te lo hace tú!, me dice.

En buena hora rechaza la opinión de los “sabios” como yo, ya que es dejar el tratamiento y empezar a mejorar... Y esto, no voy a negarlo, “pica” un poco mi orgullo de “científico” que sabe lo que hay que hacer, pero poco a poco, va dominando la alegría de ver a David recuperarse. Quizá sea porque cuando no quiso más tratamientos no dijo nunca que no me quisiera a mí , y juntos continuamos la pelea... O quizá es porque le quiero.

“Creemos que cada día el Padre nos compromete más radicalmente en opciones y servicios que completan la Pasión y significan la Resurrección de Cristo...”.

Permítanme proponer valores que vayan más allá de lo profesional y quizá de lo razonable. Permítanme que podamos decir con normalidad que esto nos afecta al corazón. Permítanme decir que, en mi experiencia, más allá de eso habitualmente recomendado en las guías médicas de la distancia terapéutica, proponga hoy la cercanía afectiva y afectada. Ojalá nos sintiéramos libres para reconocer que queremos a nuestros pacientes, a los pobres.

¿A qué estamos acá? ¿A resolver?: a veces sí. ¿A acompañar?: casi siempre. Pero, ¿cómo acompañar?: queriendo. Y eso se traduce en llorar con sus penas, en afectarme (a veces quizá mas de la cuenta, pero ¡es que los amores son siempre excesivos!), el habernos dolido sus dolores, el habernos enfurecido con las injusticias que los han llevado a nosotros. Todos estos “síntomas de la enfermedad

del amor", lejos de bloquearnos en una impotencia dolorida, nos han abierto a la sanación, en ellos, en nosotros, recibida de Dios.

Este día de Viernes Santo me hace recordar cómo la cruz de Jesús es expresión de la pasión con que vivió la vida. Nuestra cruz (quizá pequeñita cruz) es, puede ser, signo del anhelo y el deseo de ver el Reino de Dios en nuestros enfermos. Esa cruz, cuando hay amor, puede hacerse resurrección.

Nuestra sociedad nos transmite por todos los medios el mensaje hedonista de que el dolor es malo. Jesús nos muestra que la pasión por el Reino es buena y que eso lleva al dolor y después a la resurrección.

Ojalá aprendamos a compartir el dolor de nuestros enfermos sin huidas miedosas, fruto de la pasión por ellos para juntos resucitar de la mano del Señor.